

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 16 DE ABRIL DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. " 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

TUM 602

El Señor

D. LUIS SENAC HUERTAS

CABALLERO DE LA ORDEN CIVIL DE BENEFICENCIA, CABO HONORARIO DE LA BRIGADA MUNICIPAL DE ZAPADORES-BOMBEROS, HA FALLECIDO A LOS 84 AÑOS DE EDAD después de haber recibido los SS. SS. y la Bendición Apostólica

R. I. P.

Sus afligidos hijos, hijos políticos, nietos, nietos políticos, biznietos, hermana, hermanos políticos, sobrinos, primos y demás parientes;

SUPPLICAN á sus amigos rueguen al Señor por el eterno descanso de su alma y asistan á su funeral y entierro que tendrán lugar en la iglesia de San Pedro, en el día de mañana, el primero á las nueve y el segundo á las cuatro y media de la tarde, por cuyo favor les anticipan las más expresivas gracias.

Murcia 16 de Abril de 1902.

NO SE REPARTEN ESQUELAS.

CASA MORTUORIA: PILAR, 14.

El duelo se despide en la plaza de Agustinas.

DE ACTUALIDAD

Labor estéril

En tanto que el gobierno, abraza excelentes propósitos de llevar á la práctica las reformas anunciadas, para la solución de los problemas pendientes, las minorías parlamentarias parecen empeñadas en estorbar con inútiles escarceos retóricos y discusiones bizantinas, la obra reformista del gabinete.

Aquí lo que importa para esas minorías, no es acelerar la solución de tales problemas, dar satisfacción á las ansias legítimas del país, sino demostrar que existe dualismo en el seno del gobierno, á pesar de la elocuencia irrefutable con que Moret y Canalejas han demostrado lo contrario.

Ya el Sr. Romero Robledo ha anunciado, á juzgar por lo que dicen los telegramas, que demostrará al intervenir en el debate político, lo profundo de ese dualismo.

No cabe la menor duda: si el señor Romero Robledo lograra hacer esa demostración, habría prestado un servicio eminente al país y habría puesto el primer jalón en el camino de sus futuros venturosos destinos.

Es verdad que está discusión, perfectamente estéril, estorba y retrasa la aprobación de los importantes proyectos por el gobierno sometidos á la deliberación del parlamento: pero ello que importa? la pirroecia parlamentaria habrá disparado una docena de vistosos castillos, para asombro y embohamiento de unos cuantos incautos de la galería.

Es muy frecuente, y á veces justo, no siempre, censurar á los hombres encargados de la gobernación del país: pero á veces no son estos, y si los que representan fuerzas de oposición, los acreedores á tales censuras.

Ante la decisión manifiesta del actual gobierno, de realizar los compromisos contraídos con el país, no creemos justa ni patriótica esa actitud de determinadas minorías, que lejos de estimular, parece que tienden con sus esfuerzos dignos de mejor causa á aburrir.

¿Qué importa á la nación el supuesto dualismo entre este y aquel ministro, si unidos para una obra patriótica común, están dispuestos á realizarla, sa-

crificando todo estímulo de amor propio en aras de la magnitud del empeño?

Para dualismo evidente, claro, irreductible el que existe entre la nación y esos políticos que solo buscan ocasiones de personal exhibición, sacrificando á ella los intereses sagrados del país, necesitados de defensores más celosos que tales Dulcamaras parlamentarios.

PLUMAZOS

Enterrados vivos

Detalle conmovedor de la catástrofe de Cuenca, el de los niños extraídos vivos de entre los escombros de la Catedral, de que dan cuenta los telegramas de esta madrugada.

Conmovedor, por los sufrimientos de los pobres criaturitas, durante el tiempo que permanecieron en aquel enterramiento, y conmovedor por el salvamento que puso término á aquellas indecibles angustias.

Quien tenga hijos, y cifre en ellos como todos los padres el más grande amor de la vida, sentirá escalofríos de horror al pensar en la situación de aquellos niños de Cuenca, al fin librados de la tortura y del riesgo inminente en que se encontraban.

Se comprenden las exclamaciones de júbilo de la muchedumbre, al verles extraer vivos: júbilo sin embargo en nada comparable, al experimentado por los padres de las criaturas tan milagrosamente arrancadas á una desesperada y trágica muerte.

INSTANTANEAS

A un curioso

¿Que cómo saco un asunto para esta sección, diario? Te diré y vas á reírte al ver como me los saco.

Hay veces, no muchas veces, que tengo dos, tres ó cuatro donde escoger; pero hay días, que es el más frecuente caso, en que me siento á la mesa como se sienta en el banco para que le den garrote uno de esos condenados.

Y mirando para el cielo y con la pluma en la mano, ni encuentro con quien pegarla ni nada de que hablar hallo.

Y en este aprieto metido es el único pagano mi desgraciado bigote el que á tirones me arranco como si fueran sus pelos las cuerdas de los badajos

que despiertan á las musas en las torres del Parnaso.

Y por eso no prospera mi pobrecito mostacho: cada renglón son tres pelos que se desprenden del labio y otros tantos cigarrillos que, sin darme cuenta, saeo.

Conocido este secreto como han de encontrar extraño que mi bigote parezca un cepillo muy usado?

Pero, me han dicho que Blazquez tiene ya unos aparatos para domar esos pelos por muy rudos y muy ásperos, y voy á ver si consigo por medio del artefacto, resguardar mis cuatro cerdas de ese rigor de mi mano, cuando el tiempo no es bastante y el asunto es muy escaso.

Así pasa que me pasa á mí todo lo contrario que á todos los que dedican su inteligencia al trabajo; todos, poco más ó menos de la cabeza son calvos, y en mí lo calvo comienza, como dije, por el labio.

No te rías, no te rías, curiosillo del diablo; por más que no es para menos tener por musa un mostacho.

No se lo digas á nadie, guarda el secreto, *mio caro*, que no se enteren algunos de ese sistema tan raro, porque puedo asegurarte que es asaz *descabellado*; y entre poetas noveles se pudiera dar el caso de que buscaran el estro este sistema imitando, y á costa de los bigotes se ponga el *crepe* barato.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

La familia

Nos encontramos sentados á la mesa redonda del restaurant de la Perla. Había diez ó doce individuos todavía. Se había servido el café y el coñac. Estaban en tela de juicio, sobre el mantel, los más sagrados fundamentos sociales.

Se hablaba de la familia. Después de una comida que había empezado con «sopa de rabo de buey» y había concluido con «tortilla al ron», eran disculpables todas las conversaciones y todos los extravíos.

Hubo un momento en que todo el mundo hablaba á un mismo tiempo, sin que pudiera entenderse nadie en aquella confusión de gritos. Los brazos y las copas estaban en el aire; se golpeaba en la mesa con los mangos de los cuchillos y con las cucharillas. Pero al fin y al cabo los de menos pulmón callaron. El campo quedó por dos combatientes.

Era el uno un caballero alto, flaco, de rostro amarillento y de larguísima nariz; de ojos azules, grandes, redondos y muertos; y vestido, mejor dicho, enfundado en un gabán negro. Sin duda era un ideólogo, mejor dicho, un malvado. — ¡Oh! — había prorrumpido, — ¡la familia! y todavía hay quien defiende eso?

Realmente, su figura — como sus ideas — inspiraba la más profunda antipatía. Su contrincante era muy diferente. Era respetable, limpio, gordo, entre cano y bermejo, de ojillos grises, defendido por cristales de roca, engarzados en oro; mucha trilla y gran pechera y un diforme chaleco del color de la manteca de Flandes, sobre el cual danzaban á cada movimiento suyo, la cadena de un reloj y media docena de dijes y sellos.

Había tomado á su cargo la santa defensa de la familia, y se llevaba de calle á los oyentes, maravillados de su buen sentido, su saber y su elocuencia. Mas el hombre que parecía un paraguas, no se daba por convencido. Sin duda había sido muy desgraciado con sus parientes; sin duda en aquel cuerpo enflaquecido y oxidado había ido recogiendo la hiel de los desengaños domés-

ticos; la más negra, la más amarga, la más corrosiva de las hielas...

Era el tal, sin duda, un drama de familia viviente: su arrugada figura denotaba la sequedad de su corazón y sus sentimientos.

En cambio el defensor de los grandes principios sociales publicaba en su color sanísimo, en su abdomen patriarcal, en el aseo y corte de su traje, en la placidez, serenidad y aire autorizado de su persona, que el hogar doméstico y toda la familia en sus diversas ramificaciones sólo tenía para él alegría, dulzuras y bienandanzas.

— Yo no soy intransigente — decía, — no me asusta la civilización; pero no puedo menos de deplorar el decaimiento de ese principio, sin el cual no hay salvación posible. Sin padres y sin madres, ¿es posible la existencia, no digo yo de la sociedad, sino de la humanidad misma?

Esto era concluyente, y hasta los mozos que servían el coñac se sintieron conmovidos.

Todos volvieron los ojos hacia el hombre gordo.

Este dirigió su puntiaguda nariz hacia el señor gordo como un pez espada que se dispone á embestir á un ballenato.

— Lo que acaba usted de decir — exclamó — manifiesta que la familia, como sentimiento y no como ficción social, existirá siempre. El hogar doméstico no está fuera del hombre, sino dentro de él: se llama corazón!

El hombre gordo se volvió hacia el mozo. Todos creíamos que pedía su sombrero y su bastón para retirarse; pero no, pedía únicamente un palillo.

Los grandes improvisadores procuran siempre utilizar cualquier recurso que les proporciona tiempo.

— ¡Tiemblo — exclamó luego, — tiemblo de comprender el alcance de esas palabras! El corazón! Es decir, ¿la Naturaleza entregada al capricho de las pasiones? ¿Un hogar formado por la falta, consolidado por el vicio, deshecho, más pronto ó más tarde, por el hastío ó por los remordimientos?

Un murmullo general ensalzó estas nobilísimas palabras.

El hombre flaco no se inmutó por eso. — Aquí — dijo — no discutimos palabras, si no hechos. La familia será eterna; pero su constitución no habrá de ser la misma siempre. Nosotros...

— ¿Y quienes son ustedes? — interrumpió el de las gafas, acudiendo al ataque irregular de las interrupciones.

— Los hombres exentos de toda preocupación; los que representamos el libro pensamiento, el libre sentimiento, el equilibrio de las fuerzas morales y sociales por su propia atracción, ponderación y cohesión.

— Pero, señor, ¿nos entenderemos? — exclama el libre pensador, retorciéndose impaciente en su silla. — ¡Si es que no hubo jamás el cariño hacia los parientes, el respeto á la familia de que usted habla! Si precisamente lo que hay que hacer es «hacer familia», hacer parientes.

— Permítame que no tome en serio semejantes extravagancias... Bajo esas frases páfidas se encubre la disolución social. ¿Qué argumentos, es decir, qué hechos puede usted alegar en pro de esa afirmación?

— ¡Infinitos!... La familia es un nombre bello que encubre un gran egoísmo.

Vea usted un ligero ejemplo: desde los tiempos bíblicos los padres han venido imponiendo penas corporales á los hijos; no hablo de aquellos en que tenían derecho absoluto sobre su vida, y lo ejercían en ocasiones — ¡bárbaros! — sino de todas las épocas, porque en todas se ha dado á los padres el derecho de azotes... Pues bien, hoy es mal visto el padre que fustiga las redondas carnes de sus pequeños, en vez de dejarlos crecer en la tolerancia, hasta que la razón los corrija por su propia virtud emocional. ¡El interior de las familias antiguas pone los pelos de punta! ¡Un cuarto oscuro, disciplinas con puntas de hierro, correas, látigos, palmetas, pan seco y agua, frascos de arnicas, y ungüentos para curar los golpes y las ronchas de los pellizcos!... La familia no ha existido todavía; sólo han existido víctimas y verdugos!

Y al decir esto levantó la taza del café, dando un golpe con ella sobre el platillo, hizo una y otra pedazos, dejando así convencidos á todos de sus procedimientos de dulzura.

(Contra institución tan sagrada como la familia no hay razones; la razón misma sería aborrecible si tuviese la pretensión de imponerse. Estas ideas se dibujaban en la frente de los espectadores, que no estaban dispuestos á dar razón al raído saco negro del ideólogo. Y que se sentían deslumbrados por el chate-

co manteca de Flandes, del caballero gordo.)

— ¡Utopías! — exclamó éste un poco aturrido de los argumentos de su adversario y del estrépito de la loza hecha añicos. — ¡La sociedad actual no admite mejora si no es retrocediendo á los mantedales de virtud! ¡Todo ataque á la familia es un crimen de lesa humanidad! ¡Sólo pueden hablar contra ella los que no merecen tenerla! Dejémosnos de vana palabrería. ¡Acompañadme, si gustais, al seno de un hogar que merezca este nombre! ¿Qué veis en él? ¡No veis sólo una reunión de individuos que el azar del nacimiento ó una caprichosa elección matrimonial han formado, sino también una comunidad de almas que mi contradiotor quiere establecer sobre ruinas! Aquí el jefe de familia solícitamente atiende al mantenimiento de toda ella, entregado á sus trabajos; allí la madre cuida de los pequeños; comienza la educación de los más crecidos; espía la conducta de los más jóvenes, les aconseja y templa siempre las iras del padre.

Con todos ellos se mezclan los parientes, que reciben protección del más fuerte y más rico; que acompañan y velan en las enfermedades; que facilitan con su actividad y su buen deseo todos los caminos para la educación de los otros; para el matrimonio de la hija; para que no traigan una catástrofe las deudas y los vicios del hijo! ¡Hermoso cuadro, digno del pincel de Murillo, y que sólo puede ser desorbito por pluma divina y contemplado con lágrimas!

Se comprende que este discurso debía cerrar la discusión; nada más razonado, ni más patético, ni más puntante.

Pero el ideólogo extendió el brazo y los espectadores que ya removían sus sillas para levantarse, se detuvieron y escucharon.

— ¡Soy librepensador — dijo, — pero un corazón sensible se aposenta entre estos huesos! Paso por el elogio del padre y de la madre y de los hermanos... ¡Pero mi mano borra despiadadamente esos engañosos cuadros de familia, y sobre todo la presencia de la parentela!... ¡Si hay alegría en los banquetes de familia pero es el regocijo de la gula; si, allí todos llevan sus actividades, más es para explotar al pariente rico é influyente... ¡Revisad las nóminas de los ministerios! ¡Las veréis cubiertas por los nombres de unas cuantas célebres familias! ¡A esos parientes famélicos han sido propuestos los pretendientes inteligentes y honrados! ¡Registrad las Audiencias; de cada cien pleitos, noventa de ellos son entre padres, hijos, hermanos y parientes! ¡Entrad en la alcoba del moribundo, allí veréis parientes sollozando, los menos al dolor, los más á la herencia!...

Y ¡cuántos crímenes de puñal y veneno, unos públicos, los más ignorados, ejecutados por el odio y la codicia en el hogar doméstico!... ¡No hablo del primo, enemigo autorizado de la castidad y de la inocencia de las primas; no hablo del pariente «sablita»; no hablo tampoco del pijo que deshonra una familia, deshonrando con sus vicios ó sus crímenes su no «bre»; ¡Maldición sobre aquel que inventó los parientes!

A este grito, en el cual palpita sin duda una tragedia personal, el hombre gordo contestó, levantándose y tendiendo las manos para cobijar toda la mesa redonda:

— ¡No! ¡Bendito sea!

Todos se levantaron en confusión; las sillas rechinaron al sentirse aliviadas del peso; los mozos cobraron el cubierto; los oradores recibieron felicitaciones; el hombre flaco se alzó el cuello de su funda; el del chaleco se tendió fastuosamente á uno y otro lado las solapas de su levita; al encanto de la controversia, al ruido del festín, iban á reemplazar bien pronto la soledad y el silencio.

Como es natural, los dos adversarios, sin rencores ni envidias, partieron el terreno y á presencia del público se estrecharon las manos.

Entonces pasó algo que merece consignarse sobre mármol en letras de oro.

— ¡Felicité á usted! — dijo el anarquista, — no por su gran elocuencia, sino por otra dicha mucho mayor.

— ¿Qué dicha? — preguntó el defensor de la familia.

— La de tener tan buenos parientes! — Parientes? — contestó con pasmosa naturalidad. — ¡Si yo no los tengo!

Fernanfior.

UNA GIRA

A las tres y media de ayer tarde, empezaron á desfilar carruajes particulares en el pintoresco y delicioso sitio del

